

IDEAS 4

La psicopatía y los orígenes del totalitarismo

Por James Lindsay

Traducido por
Mariano Zomeño y Jon Rouco

La psicopatía y los orígenes del totalitarismo

Muchos de los mayores horrores de la historia de la humanidad deben su aparición exclusivamente al establecimiento y la imposición social de una falsa realidad.

Dando las gracias al filósofo católico Josef Pieper y a su importante ensayo de 1970 “Abuso del lenguaje, abuso del poder” por el término y la idea, podemos referirnos a estas realidades alternativas como pseudorrealidades ideológicas.

LA NATURALEZA DE LAS PSEUDORREALIDADES

Las pseudorrealidades son, sencillamente, construcciones falsas de la realidad. Debería ser obvio que, entre las características de las pseudorrealidades, se encuentra la de plantear una comprensión plausible pero deliberadamente errónea de la realidad. Son “realidades” de culto en el sentido de que son la forma en que los miembros de las sectas experimentan e interpretan el mundo, tanto social como material, que les rodea. Deberíamos reconocer de inmediato que estas interpretaciones deliberadamente incorrectas de la realidad cumplen dos funciones relacionadas. Primero, están destinadas a moldear el mundo para dar cabida a grupos pequeños de personas que sufren

limitaciones patológicas en su capacidad para afrontar la realidad tal como es. En segundo lugar, están diseñadas para sustituir todo el resto de análisis y motivaciones por el poder, poder que estos individuos esencial o funcionalmente psicopáticos retorcerán y deformarán permanentemente a su favor mientras aguante su régimen pseudoreal.

Las pseudorrealidades son siempre ficciones sociales, lo que, a la luz de lo anterior, significa ficciones políticas. Es decir, no se mantienen porque sean verdaderas, en el sentido de que correspondan a la realidad, ya sea material o humana, sino porque una cantidad

suficiente de personas dentro de la sociedad a la que atacan cree en ellas o se niega a desafiarlas. Esto implica que las pseudorrealidades son esencialmente *fenómenos lingüísticos*, y allí donde haya distorsiones lingüísticas que otorguen poder, es probable que estén ahí para crear y apuntalar alguna pseudorrealidad. Esto también significa que requieren poder, coacción, manipulación y, finalmente, fuerza para mantenerlos en pie. Por lo tanto, son el lugar de actuación natural de los psicópatas, y los cobardes y los racionalizadores lo permiten. Es muy importante que las pseudorrealidades no intentan describir la realidad tal como es, sino como “debería ser”, según lo determina la fracción relativamente pequeña de la población que no puede soportar vivir en la realidad a menos que la realidad se adapte para dar cabida a sus propias psicopatologías, que proyectará sobre sus enemigos, es decir, sobre toda la gente normal.

La gente normal no acepta la pseudorrealidad e interpreta la realidad con mayor o menor precisión, siempre con los sesgos y limitaciones habituales de la perspectiva humana. Su heurística habitual se llama *sentido común*, si bien existen formas mucho más refinadas en las ciencias no corruptas. En realidad, ambos métodos están sometidos al poder, pero en las pseudorrealidades, la situación está invertida. En la pseudorrealidad, se denigra al sentido común, considerándolo sesgado o como alguna clase de falsa conciencia, y la ciencia se ve sustituida por un cientificismo que es una herramienta de poder en sí misma. A pesar de todas sus carencias y de las carencias de su filosofía (que han dado pie a mucha pseudorrealidad ideológica), Michel Foucault nos advirtió sobre este

abuso de manera bastante convincente, especialmente con los conceptos de “biopoder” y “biopolítica”. Por supuesto, estas acusaciones de parcialidad y falsa conciencia son proyecciones del pseudorrealista ideológico que, por pura fuerza de la retórica, transforma las limitaciones del poder en aplicaciones de poder y, por lo tanto, sus propias aplicaciones de poder en una forma de liberarse de él. Foucault, aun proporcionando mucha información, también es culpable en este sentido.

Debe observarse que las personas que aceptan pseudorrealidades como si fueran “reales” ya no son personas normales. Perciben la pseudorrealidad en lugar de la realidad y, cuanto más a fondo asumen esta posición delirante, necesariamente muestran más psicopatía funcional y, por lo tanto, menos normales se vuelven. Es importante destacar que la gente normal se muestra repetidamente incapaz de percibir este hecho acerca de sus vecinos reprogramados. Al percibirlos como personas normales a pesar de que no lo son, generalmente las personas normales interpretan erróneamente el objetivo de los pseudorrealistas ideológicos, que es el poder y la instalación universal de su propia ideología para que todos vivan en una pseudorrealidad que consienta sus patologías, hasta que resulta demasiado tarde.

Como consecuencia de esta falta de perspectiva, muchas personas normales, especialmente abiertas epistémica y moralmente, reinterpretarán las afirmaciones de la pseudorrealidad de una forma que sea plausible en la realidad bajo la lógica y la moral habituales que guían nuestro pensamiento y esta reinterpretación beneficia a los pseudorrealistas

que les han atrapado. Este tipo de personas que se interponen entre el mundo real y lo pseudoreal son los tontos útiles para la ideología y su papel consiste en aportar una gran cantidad de camuflaje epistémico y ético a los pseudorealistas. Este fenómeno es clave para el éxito, la difusión y la aceptación de las pseudorealidades, porque sin él muy pocas personas, que no estén psicológica, emocional o espiritualmente enfermas, aceptarían una pseudorrealidad como si fuera una caracterización superior de lo real. Claramente, cuanto más plausible sea la explicación de la pseudorrealidad que se ofrezca, más fuerte será este efecto y más poder podrán acumular los ideólogos que creen en él.

Las pseudorealidades pueden tener diversos grados de plausibilidad en sus descripciones distorsionadas de la realidad y, por lo tanto, pueden reclutar diferentes números de adeptos. A menudo se dice que sólo son accesibles aplicando una “lente teórica”, despertando una “conciencia” especializada, o por medio de alguna forma patológica de fe. Ya sea mediante “lente”, “conciencia” o “fe”, estas construcciones intelectuales existen para hacer que la pseudorrealidad parezca más verosímil, para arrastrar a la gente a participar en ella contra su voluntad y para distinguir a los que “pueden ver”, “están despiertos” o “creen” de los que no pueden o, como siempre sucede, *no quieren*. Es decir, son el pretexto para decir a las personas que habitan la realidad y no la pseudorrealidad que no están viendo la “realidad” correctamente, es decir, como pseudorrealidad. Típicamente, esto se caracterizará como una especie de *ignorancia deliberada* de la pseudorrealidad, que posteriormente se describirá paradójicamente como

ignorancia mantenida inconscientemente. Obsérvese que esto impone la carga de la responsabilidad epistémica y moral en la persona que habita la realidad, no en la persona que postula su sustitución por una pseudorrealidad absurda. Esta es una manipulación funcional clave de los pseudorealistas que hay que entender. La capacidad de reconocer este fenómeno cuando ocurre y de resistirse a él significa, a gran escala, la vida o la muerte de las civilizaciones.

La adopción de una pseudorrealidad tiende a depender de la falta de capacidad o voluntad para cuestionar, dudar y rechazar, tanto la pseudorrealidad como sus presupuestos y premisas fundamentales. Por lo tanto, los sistemas “lógicos” y “morales” que operan en la pseudorrealidad siempre intentarán fomentar esta incapacidad allí donde puedan, y los ataques pseudorealistas que triunfan desarrollan estos rasgos como un virus social hasta que su efectividad sea muy alta. Sin embargo, esta incapacidad es a menudo consecuencia directa de una enfermedad mental, generalmente paranoia, esquizoidia, ansiedad o psicopatía, por lo que mantener y producir estos estados en sí mismos y en las personas normales viene fuertemente incentivado por la falsa “lógica” y la falsa “moralidad” de la pseudorrealidad ideológica. Es decir, los métodos y medios aplicados al servicio de una pseudorrealidad crearán y aprovecharán las debilidades psicológicas en las personas para que colaboren con una mentira destructiva. Cuanto más agradable, tolerante y bondadosa sea una comunidad, suponiendo que carezca de la capacidad de detectar estas imposturas desde el principio, más expuestos estarán sus miembros a estas manipulaciones.

PSEUDORREALIDADES Y PODER

El propósito último de crear una pseudorrealidad es el poder, que la pseudorrealidad construida proporciona de muchas formas. Aunque estos medios son muchos, hay que nombrar algunos. Primero, la pseudorrealidad siempre se construye de tal manera que beneficia estructuralmente a quienes la aceptan sobre quienes no lo hacen, con frecuencia mediante un doble rasero manifiesto y mediante trampas morales-lingüísticas. Los dobles raseros en este sentido siempre favorecerán a quienes aceptan la pseudorrealidad como realidad, y siempre desfavorecerán a quienes buscan la verdad. Una pseudorrealidad ideológica debe desplazar a la realidad en una población suficiente como para conseguir poder para sus objetivos. Las trampas lingüísticas a menudo emplean dobles significados estratégicos de palabras, a menudo mediante una redefinición estratégica (lo que se llama castro y mota - *motte and bailey*), plantean preguntas de manera que obligan a las personas a participar en la pseudorrealidad para responder (a menudo mediante el estilo *Aufhebung*, es decir, trampas dialécticas hegelianas) o empiezan con una suposición de culpa y exigen pruebas de inocencia de modo que la negación o la resistencia se considera prueba de la culpabilidad de algún crimen moral contra el sistema moral que sirve a la pseudorrealidad (una trampa kafkiana). Las exigencias se hacen con la vaguedad suficiente para que nunca se pueda decir que se han cumplido y que la responsabilidad del fracaso sea siempre culpa de los enemigos de la ideología que las “malinterpretaron” y, por lo tanto, las implementaron mal.

En segundo lugar, la mera afirmación de la pseudorrealidad desmoraliza a todos los que se ven presionados a comprometerse con ella por el mero hecho de ser algo falso que hay que tratar como si fuera verdadero. Nunca debemos subestimar lo psicológicamente debilitante y dañino que es verse obligado a tratar como verdadero algo que no es cierto, un efecto tanto mayor cuanto más obvia es la falsedad. A pesar de que la obviedad de la distorsión pseudoreal concentra su poder desmoralizador, la pseudorrealidad es solo *pseudoreal* cuando la distorsión no es inmediata y totalmente transparente, y cuando es también lo suficientemente aceptada por la sociedad como para convertirse en una pseudoverdad construida socialmente. Sin embargo, tanto si la distorsión es aparente como si no, la situación que crea es muy desmoralizante para quienes la ven, porque hacer que las distorsiones de una pseudorrealidad sean perceptibles para quienes aún no las ven es siempre excepcionalmente tedioso y encuentra una vigorosa resistencia no sólo de los adeptos, sino también de los tontos útiles.

Por lo tanto, en tercer lugar, al apoyarse en la premisa de la gente normal de que a las personas en apariencia serias les importa lo que es verdad, se consigue obligar a las personas normales a verificar aspectos de la pseudorrealidad incluso en el acto de negarla, haciendo que la persona normal reconozca al menos parcialmente la dosis ideológica. Aquí radica la importancia de que la pseudorrealidad sea pseudoreal, pues, cuanto mayor sea su plausibilidad, mayor será su efecto. Es decir, muchas personas normales no se darán cuenta de que la



pseudorrealidad es falsa porque no pueden ver fuera del marco de normalidad que extienden benévolutamente a todas las personas, ya sean normales o no.

Esta dinámica merece una breve elaboración. La gente normal tiende a no reconocer que alguien está utilizando una falsa lógica y una moralidad retorcida para apuntalar una visión ideológica — una pseudorrealidad— y que los estados mentales de las personas que forman parte de ella (o que son rehenes de ella) *no son normales*. Algunos de ellos, en especial los que son muy, pero no excepcionalmente inteligentes, reinterpretan hábilmente las afirmaciones absurdas y

peligrosas de los ideólogos pseudorrealistas hasta hacer de ellas algo razonable y sensato cuando, de hecho, no son razonables ni sensatas. Esto, a su vez, hace que la pseudorrealidad sea más aceptable de lo que realmente es y disfraza aún más las distorsiones y la voluntad de poder subyacente que caracteriza a los pseudorrealistas ideológicos. Todas estas características, y otras, benefician al ideólogo que, como si fuese un Zaratustra moderno, hace que exista una pseudorrealidad al hablar de ella, y todas ellas confieren poder a ese ideólogo mientras se lo quitan a todos los que, voluntariamente o no, participan en su ficción social.

UNA NOTA SOBRE LA IDEOLOGÍA

Como estamos hablando en términos de ideólogos, antes de continuar debemos dejar claro que por “ideología” entendemos aquí algo más próximo a una “ideología de culto” (de secta) que a un uso más general del término. Es crucial distinguir entre ambos para no confundir las estrategias amplias para contextualizar y entender la realidad y que generan conocimiento de lo real con las estrategias que existen en relación con lo pseudoreal.

El liberalismo puede, por ejemplo, entenderse como una ideología, pero no sería una ideología de culto porque, por muchos defectos que pueda tener, está subordinado a la verdad. (De hecho, este punto, junto con su incorrecta suposición general de la normalidad de todas las personas, es la razón por la que los sistemas liberales son tan proclives a verse

atacados por la pseudorrealidad ideológica y, por tanto, necesitan tan desesperadamente una vacuna contra ellos.) Que el liberalismo se subordina a una verdad objetiva o externa resulta obvio al partir de los principios del liberalismo, que surge en el contexto de favorecer el racionalismo y espera al máximo grado de objetividad en cualquier circunstancia que pretenda comprender o disputa que pretenda resolver. También se alinea explícitamente con los procesos necesarios para servir a estos objetivos y niega explícitamente cualquier razonamiento del tipo “el fin justifica los medios”. En consecuencia, no exhibe ninguna de las tendencias psicopáticas que surgen con bastante regularidad en el contexto de ideologías que dependen de la producción y el mantenimiento de alguna pseudorrealidad útil pero falsa.

UNA NOTA SOBRE LA IDEOLOGÍA

Aunque nos interesan principalmente las pseudorrealidades ideológicas, quizás el ejemplo más atómico de una pseudorrealidad no sea de naturaleza ideológica. Se trata del mundo trágico de una persona con un delirio clínico, que solo él acepta como el estado de cosas “verdadero”. “Su realidad”, “su verdad”, no es la de nadie más porque no es una persona normal y todo el mundo sabe que es así. La psicopatología implicada en este caso es evidente para todas las personas normales y, si todo va bien, la persona que delira recibe tratamiento, no legitimación. Subiendo el ejemplo un peldaño en la escala social, podemos imaginar que nuestra persona delirante sea lo suficientemente carismática y lingüísticamente

inteligente como para establecer un culto de seguidores de su pseudorrealidad. Si bien un culto puede no ser ideológico en sí mismo, no requiere ningún esfuerzo pasar de un culto (digamos que incluso a la personalidad) a movimientos sociopolíticos pseudorrealistas globales que perduran durante décadas o incluso siglos (Hegel, por ejemplo, escribió *La Fenomenología del Espíritu* en 1807).

Solo se necesitan dos proposiciones para entender que hay un camino desde la existencia de una sola persona engañada con un pequeño culto a su alrededor hasta un movimiento político masivo y devastador. La primera es la más simple: que personas que por lo demás

serían psíquica, emocional e intelectualmente sanas puedan ser manipuladas para que padezcan patologías en estos campos. Es decir, el camino existe porque los pseudorrealistas a veces pueden persuadir a la gente de que las presunciones subyacentes a su construcción pseudoreal proporcionan una mejor lectura de la realidad que otras, algo que obviamente sucede constantemente. Las sectas surgen y pueden llegar a hacerse bastante grandes.

La segunda es que las sectas puedan volverse ideológicas y, más en concreto, utópicas. Esto también ocurre con cierta frecuencia documentada, especialmente en situaciones en las que una simplificación excesiva de cómo organizar todo el orden social en el que vivimos adquiere una visión gloriosa con un punto final utópico —que literalmente significa “en ninguna parte” en el griego original (no hay utopías, sólo distopías). Un síntoma fiable de ello es la existencia de una visión a muy largo plazo, a menudo un milenio, después del cual se curarán todos los males sociales, pero que, sin embargo, para comenzar exige una revolución en el aquí y ahora. Estos cultos de la pseudorrealidad son muy peligrosos y nos amenazan a nosotros y a nuestras civilizaciones incluso hoy.

La visión utópica que se esconde en el corazón de todas las ideologías (de tipo secta) proporciona la razón fundamental y los medios por los cuales se crea una pseudorrealidad ideológica. La pseudorrealidad es una construcción que malinterpreta la realidad actual en comparación con la utopía imaginada que reside al final del arco iris ideológico. Está construida para obligar a tantas personas como sea posible a vivir dentro

del ensueño utópico de las personas que encuentran la realidad menos tolerable que una alternativa ficticia en la que no se puede creer sin un acatamiento casi universal. Es decir, la pseudorrealidad que se construye al servicio de una ideología es una visión fantástica de la sociedad perfeccionada para ciertos inadaptados intolerantes, que luego se vuelve hacia atrás sobre sí misma. En otras palabras, como veremos, las ideologías utópicas son psicopáticas y surgen de la incapacidad de habitar la realidad (al menos sin tratamiento).

De modo que la construcción de una pseudorrealidad ideológica tiende a hacerse a la inversa, comenzando con una sociedad imposible perfecta (en la visión de algunas personas psicopatológicas) y luego inventando una visión alternativa del mundo en el que realmente habitamos como una especie de mitología que contiene una explicación pseudoreal de por qué todavía no hemos llegado a Utopía y cómo podríamos llegar todavía. Los detalles son escasos —concretamente, porque ningún plan puede reemplazar la realidad por la pseudorrealidad— y los ideólogos insinúan que se irán aportando a medida que avancemos. Por tanto, la utopía pseudoreal se producirá a partir de la realidad a través de un proceso que se describe correctamente como de naturaleza alquímica, que intenta obtener algo de otra cosa que no puede producirlo, lo que casi siempre implica la creación de cambios fundamentales en la sociedad y en las personas que la habitan. Aquí vale la pena mencionar que cualquier injusticia en el presente y el futuro cercano puede justificarse en una visión de la perfección para personas ficticias dentro de mil años.

PSEUDORREALIDADES COMO JUEGOS DE LENGUAJE



Como sugiere Pieper y puede verse incluso en el título de su ensayo del que estamos tomando el término “pseudorrealidad” (“Abuso de lenguaje, abuso de poder”), estas construcciones tienden a surgir de abusos de lenguaje que posibilitan abusos de poder. Por lo tanto, estas manipulaciones son atractivas para personas con fuertes inclinaciones a controlar a otras personas o a tomar el poder, particularmente cuando son de inteligencia moderadamente alta, relativamente acomodadas y con conocimientos lingüísticos (aunque quizá carezcan de otras habilidades más valiosas para algo en concreto). Es decir, las pseudorrealidades las construyen manipuladores lingüísticamente hábiles que desean controlar a otras personas, y

es razonable suponer que una pseudorrealidad suficientemente convincente (y engañosa) atraerá a más personas capaces de desarrollar el pseudomundo y sus ficciones y luego convencer a la gente de que tiene una base firme en la realidad, pese a que no es el caso. El proceso que emplean para hacerlo podría denominarse con mayor precisión *ingeniería del discurso*, exactamente con la misma connotación que normalmente atribuimos al proyecto mayor al que sirve, la ingeniería social. Algunos tipos específicos de estos juegos de lenguaje, por tomar prestada una frase de Wittgenstein, se mencionaron anteriormente.

Estos comportamientos, incluso cuando los realiza la persona sincera que ha confundido una pseudorrealidad con la realidad, deben verse como manipulaciones y abusos, aunque siempre es importante reconocer que la intención de cada individuo participante importa en las ramificaciones morales que se derivan de ellos. Los constructores de mundos pseudorreales tienden a manipular a las personas usando sus vulnerabilidades, un hecho bien conocido del reclutamiento en las sectas. Por lo tanto, son más eficaces en personas que tienen una situación subyacente de enfermedades psicológicas, emocionales o espirituales, particularmente de los tipos que se relacionan con dificultades con el mundo real y con las ingratas realidades de la vida que ocurren dentro de él. Como se ha señalado, estas circunstancias también se fabrican a menudo de forma deliberada, dirigiéndose a los individuos susceptibles psicológica, emocional y espiritualmente, junto con los ingenuos, los enfadados y los agraviados. Es en

esas mentes donde las manipulaciones pseudorrealistas son más efectivas y pueden generar una considerable base de simpatizantes entre personas por lo demás normales, en algunas de las cuales se inducirán las psicopatologías que subyacen a todo el proyecto. Esta es la alquimia real del proyecto ideológico pseudorrealista: convertir a personas normales,

en su mayoría sanas, en colaboradores psicológica, emocional y espiritualmente quebrados que ya no pueden afrontar adecuadamente los rasgos de la realidad y que, por lo tanto, preferirán la pseudorrealidad que se ha construido para recibirlos y, lo que es más importante, para hacer un uso estratégico de ellos.

PSEUDORREALIDADES ACADÉMICAS

Dado que se convierten en herramientas de personas manipuladoras que exhiben una gran sed de poder y habilidad lingüística, los pseudorrealistas tienden a apuntar a la clase media alta (burguesa), cuyos medios de vida dependen más de su acreditación y aceptación por parte de un grupo de iguales. Especialmente los más educados, aunque no los más brillantes, entre ellos. Una proporción anormalmente alta de estas personas trabaja en la educación, los medios de comunicación, la política y especialmente en el mundo académico. (Las pseudorrealidades ideológicas más potentes y peligrosas son el tipo de absurdos que sólo en el mundo académico alguien puede creer en serio). Entre sus características, la pseudorrealidad, al ser una construcción lingüística y social, permite un camino hacia el arribismo y el credencialismo en este tipo de profesiones mucho mayor que en la mayoría de las demás, lo que genera una estructura de incentivos que favorece las ambiciones de los pseudorrealistas.

Aparte de la posibilidad de hacer carrera para personas que de otro modo no lo lograrían, también son especialmente susceptibles a los recursos retóricos que les hacen sentir que quizá no son lo

suficientemente inteligentes, sensibles o espiritualmente ricos, y la pseudorrealidad se les presentará entonces como el “marco interpretativo” adecuado para resolver estos defectos. Tal vez se sugiera, por ejemplo, que el pseudorrealista tiene una comprensión más completa o sofisticada de la realidad que la de la persona en su punto de mira, que no comprende o no puede comprender (a menudo apelando a la “naturaleza sistémica” infinitamente complicada de unos problemas que, por lo demás, son bastante sencillos). Tal vez se lleve a cabo un ataque moral o espiritual que les haga sentirse desagradables para los demás o para ellos mismos (a menudo a través de acusaciones de complicidad moral y pensamiento criminal). El hecho de que la pseudorrealidad no se ajuste correctamente a la realidad existente generará una disonancia cognitiva que, según las circunstancias, será útil para generar más adoctrinamiento sobre las premisas básicas de la pseudorrealidad. Esta es, como sabemos, una manifestación específica del proceso de adoctrinamiento y reprogramación en las sectas.

Esta característica del culto pseudorrealista se fortalece a medida que el individuo que se pretende captar acepta más las premisas de la pseudorrealidad

y, por lo tanto, se divorcia cada vez más de la realidad y de las personas normales que viven dentro de ella. Esto atrapa lentamente a los adeptos, que casi no tienen mecanismo de escape, incluso cuando las rampas de salida ideológicas están claramente disponibles. Y eso sin siquiera mencionar que saben cómo les engañan a diario, y quién, y en relación con quién, pues quienes han aceptado la pseudorrealidad han distorsionado su comprensión del mundo (su epistemología) a la (falsa) “lógica” interna de la pseudorrealidad, y han subvertido su ética (su moralidad) al (malvado) sistema “moral” empleado por ella, y están efectiva y verdaderamente atrapados por la ideología a la que sirve la

pseudorrealidad. Con una lógica distorsionada que ya no puede percibir la realidad más que como una falsificación, carecen de los recursos epistémicos necesarios para desafiar la ideología, incluso dentro de sí mismos. Con una moral subvertida que percibe el mal como bien y el bien como mal de acuerdo con la moral esclava de la pseudorrealidad, todo su entorno social está condicionado para mantenerlos en un Infierno cuyas puertas están cerradas desde dentro. Por tanto, para comprender las pseudorrealidades ideológicas y tratar de descubrir algo que podamos hacer al respecto, es necesario examinar su lógica interna y sus sistemas morales con más detalle.

PARALÓGICA IDEOLÓGICA

Debido a que la pseudorrealidad no es real y no se corresponde de manera fiel a la realidad objetiva, no se puede describir en términos lógicos. En el ámbito de cómo piensa sobre el mundo, una pseudorrealidad empleará una lógica alternativa, una paralógica, una lógica falsa e ilógica que opera en paralelo a la lógica, que tiene reglas y una estructura internamente comprensibles, pero que no produce resultados lógicos. De hecho, debe corresponder necesariamente, no a la realidad sino a la pseudorrealidad y, por tanto, también debe violar la ley de la no contradicción. Es decir, una paralógica pseudoreal siempre será internamente (y a menudo de forma impenitente), incoherente y autocontradictoria. Esto puede tomarse como un síntoma de que se está presentando una paralógica en apoyo de una pseudorrealidad, al igual que cualquier ataque sostenido a los principios de objetividad y razón.

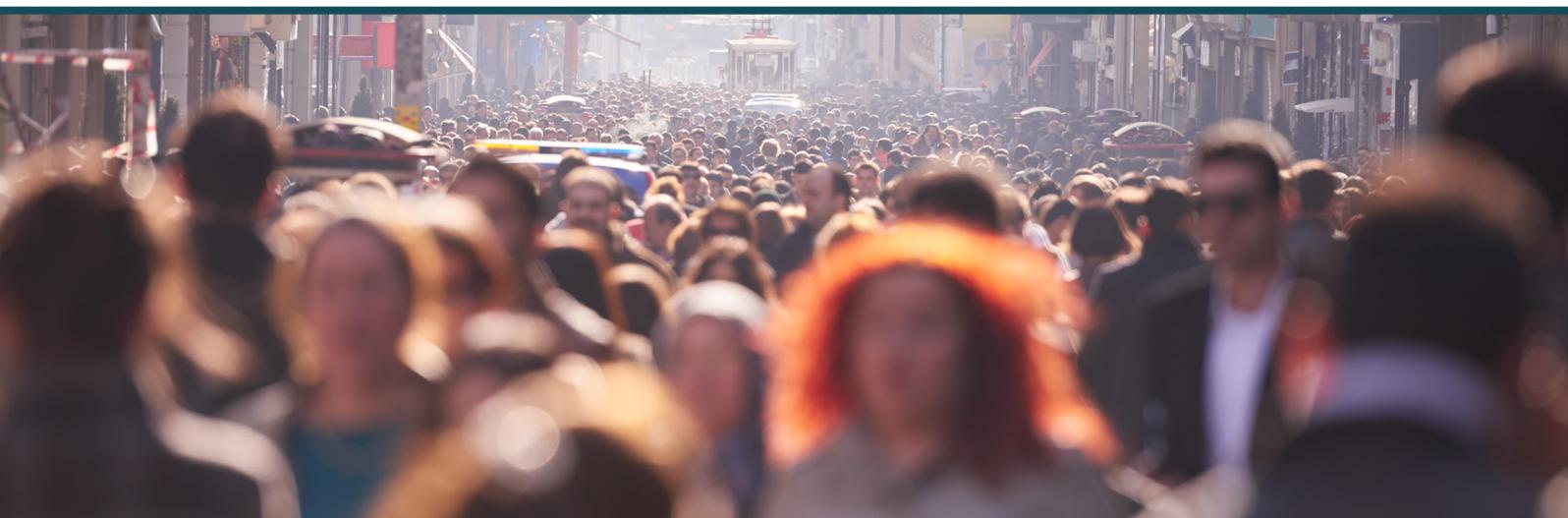
En las pseudorrealidades ideológicas que tienen éxito, la paralógica en juego necesariamente manipula a la gente normal fuera de su ámbito para que confíe en su propia (incorrecta) suposición de que la paralógica debe ser, de algún modo, lógica (¿por qué no iba a serlo?). Por tanto, la gente normal asumirá (erróneamente) que las descripciones dadas de la pseudorrealidad deben tener alguna interpretación razonable (real) que sea inteligible al aplicar la lógica real (incorrectamente) a las afirmaciones del pseudorealista. Personas (muy) inteligentes buscarán esta reinterpretación “lógica” de las tonterías de forma refleja y, por lo tanto, se convertirán ellos mismos en tontos (muy inteligentes) útiles.

Es crucial entender el papel que representa la paralógica al ser paralela a la lógica pero para una realidad falsa. Conduce repetidamente a personas (muy)

inteligentes y reflexivas, que rechazan por completo la pseudorrealidad, y que, sin embargo, siguen siendo en su mayoría ignorantes de su estructura paralógica, a servir a los ideólogos que la habitan, normalizándola al tiempo que pintan a los críticos precisos como locos y malas personas. De hecho, estas personas (muy inteligentes) generan la cortina de humo para el público normal más amplio que hace que la pseudorrealidad parezca mucho más razonable y atada a la realidad de lo que realmente es. Esta manipulación intelectual de personas (muy inteligentes) es un factor crucial en el establecimiento de cualquier pseudorrealidad a gran escala que pueda tener éxito, que sólo podrá mantener una proporción relativamente pequeña de verdaderos creyentes. Hay que indicar que nadie es mejor para esto que un liberal con educación y credenciales, que tiene mucho que perder si otros tontos útiles lo tildan de chiflado o mala persona.

Debe entenderse que la estructura paralógica que sirve a la pseudorrealidad ideológica es, por naturaleza, en última instancia, alquímica —no química, no científica, es decir, no lógica. Esto es,

quiere hacer algo a partir de la nada (y por lo tanto consigue nada a partir de algo). Más concretamente, intenta transformar la sustancia de una “realidad” en otra de manera efectiva mediante una magia que no existe. De hecho, su objetivo es transmutar la sustancia de la realidad tal como es en lo que se visualiza en la pseudorrealidad y la utopía en la que se basa en última instancia. Esto significa que no puede haber una forma legítima de desacuerdo con un paralógico pseudoreal, y no puede haber una refutación de la pseudorrealidad en la que pretende tener sentido. Lo paralógico, que tiene un aspecto falsamente lógico, ignora todas esas contradicciones. El verdadero comunismo, como hemos escuchado, por ejemplo, aparentemente nunca se ha intentado, y el problema fue que las personas que lo implementaron, digamos a través del modelo soviético leninista en un diseño u otro, no lo entendieron adecuadamente o no entendieron sus elementos cruciales. Por tanto, la paralógica de la ideología no puede producir filosofía sino sólo sofismas. No puede producir oro a partir del plomo, pero puede hacer que sus hechiceros beban mercurio y se vuelvan locos.



PARAMORALIDAD IDEOLÓGICA

Junto a la estructura paralógica utilizada para engañar a tontos útiles para que defiendan el proyecto ideológico de la pseudorrealidad, existe una poderosa herramienta de imposición social que utiliza una dimensión aparentemente moral. Un relativista podría entenderla como un “marco moral” que es ético “dentro de la ideología”, pero como es una moralidad supeditada no a los hechos de la existencia humana tal como son en la realidad, sino que están distorsionados en la pseudorrealidad construida, sería más adecuado referirse a ella como una *paramoralidad*, una falsa moralidad inmoral que se encuentra al lado (y aparte) de todo lo que merece ser llamado “moral”. El objetivo de la paramoralidad es forzar socialmente la creencia de que las buenas personas aceptan la paramoralidad y la pseudorrealidad concomitante, mientras que todos los demás son moralmente deficientes y malvados. Es decir, es una inversión de la moral, la moral del esclavo como la describe Nietzsche en su *Genealogía de la moral*.

Debido a que la paramoralidad es, de hecho, inmoral, los participantes de la pseudorrealidad experimentarán una imposición vigorosa, habitualmente totalitaria, de la paramoralidad ideológica. De esta manera, se crea la presión social necesaria para mantener la mentira y su sistema inmoral. A su vez, siguiendo el ciclo de abuso, usarán los mismos principios y tácticas para (para)moralizar a las personas normales fuera de él, eventualmente mucho más enérgicamente. La tendencia hacia el pietismo de estilo puritano, el autoritarismo y, finalmente, el totalitarismo en la imposición de esta paramoralidad es una práctica certeza de la aceptación de

una pseudorrealidad ideológica, y estos abusos se ejercerán no sólo sobre todos los participantes de la realidad ficcional construida, sino también sobre todos los que puedan ser encontrados o situarse dentro de su sombra (lo que puede llegar a incluir naciones o pueblos enteros o, de hecho, cualquier persona, incluso las que lo rechazan). Una vez más, esta es la verdadera alquimia del programa pseudorrealista; transforma a personas normales y morales en agentes inmorales que deben perpetrar el mal para sentirse bien y percibir como malvados a los que hacen el bien.

Una paramoralidad ideológica es aún menos tolerante a la discrepancia que la paralógica de una pseudorrealidad ideológica porque lo apuesta todo —incluida la realidad misma y el bienestar de cada individuo que la habita— a la Utopía, un ensueño de perfección absoluta. Así pues, la paramoralidad ve solo dos tipos de personas: los que aceptan la pseudorrealidad y reemplazan la moralidad actual por su paramoralidad, posicionados como sus defensores, contra aquellos que no deben querer la utopía (y que, por tanto, deben querer un mundo de sufrimiento del tipo que sus arquitectos son menos capaces de soportar). A este respecto, no hay neutralidad en un sistema paramoral y todos los tonos de gris se transforman alquímicamente en negro real y blanco pseudoreal. Así, en la paramoralidad de un pseudorrealista, hay un apoyo plenamente convencido o un deseo incomprensible (en el sistema paralógico) y depravado (en la paramoralidad) de ver cómo continúan los males que ya no existirán cuando la utopía (técnicamente nunca) se realice. La moralización viciosa

que eventualmente justificará la violencia, incluso a gran escala, es una garantía eventual de tales demandas, si se les da suficiente fuerza para trasladar ese poder a los ideólogos.

Esto garantiza que la paramoralidad de una pseudorrealidad ideológica siempre será represiva y totalitaria. No se pueden tolerar la disensión y la duda, y el desacuerdo debe acordonarse en un pozo moral al que los adherentes no se atrevan a acercarse. Además, la paramoralidad impondrá conceptos engañosamente bifurcados a partir de conceptos como tolerancia (que debe ser represiva), aceptación, compasión, empatía, justicia (todo lo cual debe ser condicional y selectivo), mérito (al regurgitar las doctrinas de la pseudorrealidad), y compromiso (para favorecer siempre afirmaciones pseudorreales) que apoyan absurdamente la pseudorrealidad, todo apuntado por los juegos lingüísticos en el corazón del proyecto ideológico pseudoreal. Es decir, específicamente, la bifurcación hace que estos conceptos sean completamente relevantes en formas sesgadas a favor de sus ideas, pero estrictamente prohibidos para cualesquiera otras. Estas falsas construcciones están destinadas a trasladar unilateralmente el poder a los ideólogos para que su pseudorrealidad pueda permanecer apuntada.

Debe destacarse que la paramoralidad en juego es siempre una inversión de la moralidad predominante que también la parasita, es decir, la moral del esclavo de Nietzsche. En otras palabras, es un tipo particular de perversión de la moralidad que puede parecer más moral que la moral pero que, de hecho, es malvada. Esto se debe a que la paramoralidad actúa al servicio de una pseudorrealidad, no



de la realidad, y por tanto es el dominio de la psicopatía, que, cuando se inflige a las masas normales, es maligna. El objetivo de la paramoralidad siempre surgirá y existirá para favorecer a las personas con psicopatologías particulares que de otra manera no pueden hacer frente a las incomodidades de la realidad. Esto implica que el medio con el que una pseudorrealidad ideológica puede ganar fuerza con más éxito es apelar a la victimización percibida de esas personas y avivar las quejas de quienes han sufrido injusticias similares con más dignidad. Cuando tiene suficiente fuerza, debe tratarse como otro síntoma de la inminente calamidad de la civilización y una necesidad de identificar y rechazar la pseudorrealidad que manipula estos sentimientos.

LOS HILOS QUE SOSTIENEN LAS PSEUDORREALIDADES

Nunca se destaca demasiado que la pseudorrealidad no se puede mantener sin una vigorosa aplicación e imposición de la paralógica y la paramoralidad relevantes que acabamos de describir. En términos clásicos, diríamos que la paralógica es el *pathos* que subvierte al *logos* y la paramoralidad es el *pathos* que domina el *ethos*. Ninguna sociedad puede gozar de buena salud, o sobrevivir mucho tiempo, en un estado así. Los hilos de la paralógica y la paramoralidad deben identificarse y cortarse si queremos escapar de las calamidades de las pseudorrealidades ideológicas. La no contradicción y la autoridad moral genuina son, por tanto, fatales para las pseudorrealidades ideológicas.

Estos dos elementos, una falsa paralógica y una paramoralidad maligna, son cruciales para la creación, el mantenimiento y la difusión de todas las pseudorrealidades que van más allá de un

desafortunado individuo delirante. Son los hilos que sostienen toda la distorsión y su empresa cada vez más criminal. Si estos se cortan de alguna manera significativa, también cae toda la pseudorrealidad, que no puede sostenerse a sí misma (siendo irreal) y necesariamente colapsará por su propio peso. Esta maniobra tendrá consecuencias, por supuesto. Se llevará consigo gran parte de la sociedad que ha infectado, pero también liberará a las personas a las que ha atrapado o tiene como rehenes, tanto paralógica como paramoralmente. Aprender y enseñar a otros a identificar estos dos hilos, la paralógica y la paramoralidad que sostienen la pseudorrealidad —y por tanto verlas como fundamentalmente ilógicas e inmorales— es la clave y la única manera posible de resistir y eventualmente destruir un movimiento basado en la construcción social y la imposición de una pseudorrealidad ideológica.

EL CAPRICHO DEL PARTIDO

Como la pseudorrealidad no es real, las personas a las que ha atrapado no pueden comprobar por sí mismos ninguna afirmación dentro de ella, incluso si tienen el coraje de sentirse inclinados a hacerlo (ya que ello inducirá una paliza paramoralizante acorde con la cantidad de poder que los pseudorrealistas hayan logrado obtener). Esto requiere la elevación y el nombramiento de especialistas en la paralógica y la paramoralidad (o ambas) de la pseudorrealidad ideológica para hacer estas determinaciones para todos (de la forma bifurcada antes mencionada). El nombre moderno tradicional dado a esta camarilla de “expertos”

corruptos es “el Partido” (“Fariseos” es, probablemente, un nombre más histórico). Estas son las personas para las que se ha diseñado que la pseudorrealidad les beneficie, a través de regalos y extorsión, por lo que las contorsiones paralógicas que respaldan sus puntos de vista, incluso cuando cambian, y la paramoralidad se doblan para asegurar que siempre sean justos. La aceptación profesada de la pseudorrealidad, la habilidad en su paralógica y la aplicación de su paramoralidad a uno mismo y a los demás se convierten en la prueba política del compromiso con el Partido y el acceso al botón del Partido, y en todos los niveles

de actividad del Partido, excepto en los más altos, todo esto se probará de forma rutinaria y cruel.

Una vez más, no se puede perder en este análisis lo crucial, que es el hecho básico de que las pseudorrealidades no describen la realidad. Esto conlleva una serie de consecuencias. Por un lado, compromete al Partido a ser ilógico e inmoral, ya que se compromete a confiar en la paralógica y la paramoralidad en lugar de la lógica y la moralidad. Como debería estar ya claro, es beneficioso para los pseudorealistas (el Partido) que su paralógica sea lo más ilógica posible al tiempo que siga pasando sin sospechas para un simpatizante genérico como “lógica”, y es igualmente más ventajoso para su paramoralidad ser máximamente inmoral de la misma manera.



Este estado de cosas es en sí mismo una poderosa arma de desmoralización, y se presta a un capricho particular con bastante naturalidad, incluso necesariamente. La Utopía no se materializará (siendo esto otra cosa), ya que es un objeto de pseudorrealidad y por tanto no real, y en su lugar, sólo habrá el férreo control del poder por parte del Partido, mantenido a cualquier precio y por cualquier medio (y más desesperada y brutalmente cuando fracasa). Al carecer de un estándar objetivo de referencia y sin una apelación universal (en principio) a la razón, el discurso de los poderosos (y del poder mismo) se vuelve cada vez más determinante. Una paralógica caprichosa que define como correcto hoy pero no necesariamente mañana lo que el Partido dice que es correcto hoy pero no necesariamente mañana, y una paramoralidad paralela que aplica el mismo truco sobre lo correcto, son superiores como paralógica y paramoralidad, y serán favorecidos en consecuencia por el Partido. El resultado inevitable es el capricho del Partido, siempre la herramienta predilecta del dominio y el totalitarismo.

Es de destacar que, si bien el Partido siempre identificará y castigará a los chivos expiatorios para permitir sus abusos y encubrir sus crecientes fracasos, que están asegurados debido a la ruptura con la realidad en el corazón de su proyecto, el Partido mismo es el chivo expiatorio definitivo del proyecto pseudorrealista. Este hecho aparentemente improbable es comprensible en la paralógica (observe cómo parece ilógico) y lo exige el corazón alquímico de la paramoralidad que emplea. Al final, y siempre llega el final para cualquier proyecto pseudoreal concreto, la pseudorrealidad se derrumbará y se culpará al Partido. Igual que cuando fallan los experimentos alquímicos, la pureza

espiritual del alquimista siempre se pone en tela de juicio (infalsablemente), también se culpará a la corrupción del Partido por “males” paramorales (como tener una mentalidad burguesa). La “verdadera” ideología pseudorreal permanecerá “intacta” (sin haber llegado a probarse, en una forma suficientemente incorrupta) y, lo que es más importante, el empuje general de la paralógica y la paramoralidad sobrevivirá a su propia muerte (de nuevo, esto es necesariamente ilógico). Los lectores cristianos reconocerán inmediatamente esto como una inversión del cristianismo (la Cruz invertida), porque Dios no pone a nadie más que a Sí mismo en la Cruz y voluntariamente lleva, siendo inocente, la responsabilidad del pecado por todos los demás, para permitir así la Gracia, mientras que este enfoque evita, siendo culpable, toda responsabilidad por completo para continuar en el mundo sin las ataduras de su propia desviación.

Más tarde, al encontrar los ingredientes alquímicos sociales adecuados

para el momento, los modos paralógico y paramoral supervivientes generarán una nueva pseudorrealidad normalmente idéntica que amenaza una vez más a la civilización (liberal). Por eso es que los hilos gemelos de la paralógica y la paramoralidad tienen que cortarse para derrotar a las ideologías pseudorrealistas y vacunar a las sociedades por lo demás saludables (especialmente las liberales) de sus abusos. Si esto se hace en concreto para una pseudorrealidad particular, entonces esa manifestación colapsará, con suerte antes de que pueda causar mucho daño. Si esto se puede hacer en general aprendiendo a identificar y rechazar las paralógicas y las paramoralidades ideológicas como un género de actividad intelectual y ética falsa, mucho mejor. Esto ocurre más o menos únicamente a través del reconocimiento: aprender a detectar pseudorrealidades, paralógica y paramoralidad, y posteriormente reconociendo que son el campo de las psicopatías que nunca deben tener un poder sin control sobre la gente normal.



PSICOPATÍA Y PSEUDORREALIDAD

Ahora que hemos establecido que una pseudorrealidad ideológica está casi destinada, una vez que comience a ganar dominio y poder, a dirigirse hacia el capricho, el abuso y el totalitarismo de las formas más perniciosas, peligrosas y malvadas, y hacia la muerte de civilizaciones y un número masivo de sus habitantes si no se controla lo suficientemente temprano en su progresión, debemos hacer una pausa para comprender otro punto delicado que se relaciona con todo el análisis. Si damos un paso atrás para considerar a nuestro sectario delirante sobre el que comenzó todo el análisis, podemos extraer otro punto importante sobre la naturaleza de las pseudorrealidades ideológicas que se ha insinuado repetidamente hasta ahora. Es el siguiente: es fácil percibir que esta persona hipotética no sólo podría ser sino que probablemente es psicopática hasta cierto punto si está creando una ideología de culto y una pseudorrealidad concomitante. La pseudorrealidad no es el dominio de los cuerdos, por definición, y desear imponer las patologías propias a los demás en beneficio propio, especialmente a través de la manipulación de sus vulnerabilidades, es lo más cercano a una definición general y simple de psicopatía que uno podría esperar leer.

Las ideologías psicopáticas engendran una serie de consecuencias predecibles que van contenidas en su propia esencia. Por un lado, por su naturaleza atraerán y canalizarán la visión de oportunistas psicopáticos de ideas afines (“estafadores”), que formarán el núcleo del Partido en desarrollo. También degradarán la capacidad psicológica de cualquiera que entre en contacto con la



ideología, a favor o en contra. Esto se hace mediante la desmoralización a través de diversas formas, incluida la (para)moralización, el ostracismo, la trampa dialéctica y la una táctica muy útil que consiste en emplear “bloqueos de reversión”, que destruyen la capacidad de cualquier persona para conocer la verdad sobre la realidad imponiendo distorsiones de pseudorrealidad sobre ellos (que impide su reversión hacia la cordura y a salvo de las garras de

la pseudorrealidad y su paralógica y paramoralidad). Estos tienden a hacer que las personas ya no puedan discernir lo que es verdad y asumir que la verdad, ya sea material o moral, debe estar en algún lugar a medio camino entre su postura anterior y la afirmación pseudoreal que se les ha impuesto. Es fácil comprender que esto necesariamente aleja más de la realidad a la víctima, ya que la nueva posición será una mezcla de la creencia anterior de la persona y una afirmación de la pseudorrealidad. También observamos que se trata de una manipulación, y, cuando se trata de paramoralizar, de tipo coercitivo (en beneficio de la ideología psicopática).

Lo más preocupante es que las ideologías psicopáticas generan de manera efectiva psicopatía (temporal pero) funcional en personas por lo demás normales que, por medio de estas manipulaciones, se convierten en compañeros de viaje suficientemente convencidos y simpatizantes de la ideología. Literalmente, aparte de los efectos directos de la desmoralización y la desestabilización causada por el creciente desvío de sus creencias desde la realidad hacia la irrealidad (pseudorrealidad), una ideología psicopática hace que sus simpatizantes creen y actúen ellos mismos de manera psicopática, al menos en un sentido funcional. Estas son las demandas y los costes de sostener la paralógica (para no ser un “tonto” en la pseudorrealidad) y la paramoralidad (para no ser el tipo de mala persona en la pseudorrealidad), y poco a poco estas víctimas de la ideología se convierten en los monstruos contra los que fueron demasiado débiles para luchar. Como se señaló anteriormente, virtudes como la tolerancia y la empatía se pervierten intencionalmente hasta que comienzan a bifurcarse para que tengan una valencia

política (paramoralidad buena, moralidad mala) que favorece cada vez más la ideología pseudoreal y se vuelve auténticamente psicopática a medida que el efecto se fortalece.

Al final, una persona normal sometida a estas circunstancias deja de ser normal. Esto ocurre cuando “despiertan” a una “conciencia plena” en la pseudorrealidad. En ese punto, habrán llegado a un lugar donde, desde su perspectiva, la pseudorrealidad es la realidad y la realidad es la pseudorrealidad. Es decir, ellos mismos serán psicopáticos, esclavos de la paralógica del engaño pseudoreal y con bifurcadas y estrechas virtudes éticas y morales bajo su sistema paramoral. Presumiblemente, en la mayoría de estas personas previamente normales, este efecto es temporal y depende de la participación en el culto, aunque es probable que parte del daño psicológico relevante sea duradero, si no permanente. Sin embargo, a corto plazo, el resultado de esta dinámica es un cuerpo creciente de personas funcional y auténticamente psicopáticas que acumulan cada vez más poder para sí mismas, poder que utilizan (de manera psicopática) para imponer su pseudorrealidad ideológica a todos, en especial a *todos los demás*.

Este proceso es bastante exquisito. Las deficiencias de lo paralógico, la caprichosa paramoralidad y la disonancia en torno a la pseudorrealidad misma tenderán a engendrar en la persona normal susceptible una sensación de angustia por habitar la realidad similar a la que genera la existencia de la pseudorrealidad. Obviamente, esto es conveniente para el reclutamiento, el adoctrinamiento y la reprogramación eventual (psicopática), pues la pseudorrealidad está construida



de tal manera que permite que esas psicopatologías específicas florezcan y eviten la detección y el tratamiento. En este sentido, uno podría referirse a la difusión de una ideología psicopática y su pseudorrealidad con términos ahora familiares como “la locura de las masas”, que es más acertada de lo que uno podría imaginar a primera vista, e incluso la “zombificación” sociopolítica.

Es importante destacar que esta circunstancia implica que el “compañero de viaje” normal en una ideología de culto no sólo no se da cuenta de que es miembro de una secta que está usando herramientas y tácticas de manipulación (paralógica y paramoralidad) en las personas y en sus vidas, tanto en personas normales como sobre compañeros de

culto ideológicamente “despiertos”; no pueden darse cuenta de esto sin antes abandonar la paralógica y la paramoralidad que los ha capturado y rechazar la pseudorrealidad ideológica de manera fundamental. Se encuentran en la insostenible posición de ser no sólo funcionalmente psicopáticos, sino también de tener la realidad invertida, de modo que creen que todas las personas normales que no son (todavía) sectarias son sectarias, mientras que ellos mismos no lo son. Esto representa una inversión completa de la cordura, y la transformación desde la normalidad hasta lo ideológicamente psicopático es, en ese punto, completa. Estas personas, como muchos han aprendido por las malas a lo largo de la historia, son esas personas —por lo demás, buenas— capaces de perpetrar genocidios.

CORTAR LOS HILOS

Entonces, ¿cuál podría ser la respuesta a este enredo peligroso y perenne? Afortunadamente, el primer paso, al menos, es muy sencillo. Consiste simplemente en tomar conciencia. Es aprender a reconocer la pseudorrealidad construida como lo que es —una simulación fabricada de la realidad que no es apta para las sociedades humanas— y comenzar a rechazar sin disculpas cualquier exigencia de participar en ella. Esto significa rechazar el análisis de lo paralógico (viendo sus contradicciones) y el rendir cuentas por la paramoralidad (dándose cuenta del capricho, la mala intención y la maldad) que sustentan la mentira. (Una palabra antigua para hacer referencia a esto es “secularismo”, en un sentido inespecífico). En el instante exacto en que uno se vuelve capaz de detectar

la mentira, o la red de mentiras, que se mantienen al servicio de una pseudo-realidad construida y su aplicación, uno ya adquiere la perspectiva necesaria para romper el hechizo de la pseudorrealidad en su totalidad. Así, conociendo el engaño por lo que es, más que cualquier otra cosa, es cómo se cortan los hilos de la paralógica y la paramoralidad, y con ellos la pseudorrealidad cortada se vendrá abajo.

Esto solo se puede hacer aprendiendo lo suficiente para ver los trucos, diciendo la verdad y negándose a ser coaccionado u obligado a participar en la pseudorrealidad cada vez más hegemónica antes de que reclame un poder totalitario. A efectos prácticos, hay dos formas sencillas de hacerlo. Una consiste



en refutar la pseudorrealidad y la otra, en rechazarla.

Para la mayoría de las personas, la segunda manera es más fácil que la primera y exige menos. La fuerza de voluntad y el carácter serán suficientes. El simple hecho de negarse a participar en la pseudorrealidad, utilizar su paralogía o inclinarse ante su paramoralidad (y *vivir tu propia vida como si la pseudorrealidad fuera completamente irrelevante*) es un poderoso acto de desafío contra una pseudorrealidad ideológica. No exige a una persona nada más que una declaración de convicción que diga: “Esto no se me aplica porque no soy yo” (o, “ni siquiera es real”), una negativa a tomar decisiones basadas en el miedo y la intimidación construidos socialmente y la voluntad de vivir la propia vida en los términos más normales posibles. Se trata de un acto de desafío poderoso y pacífico que muchas otras personas normales (las que están fuera de la pseudorrealidad) reconocerán por su fuerza, y aunque pueden tener costes a corto plazo y de algunas formas, tendrá premios a largo plazo y de otros modos, al menos hasta el momento en que la trampa totalitaria paramoral se lance de lleno sobre una sociedad suficientemente rota y desmoralizada. Basta mantener la cabeza en alto y negarse vivir la vida en los términos (psicópatas) de otras persona y se hará mucho contra esos regímenes en ciernes.

Refutar la pseudorrealidad es más difícil, ya que requiere un conocimiento mucho más específico junto con habilidad, fuerza de carácter y valentía. También es necesario hacerlo, al menos alguien lo tiene que hacer, si una pseudorrealidad ideológica ya ha echado raíces. Se debe demostrar que tal pseudorrealidad es una

realidad falsa, es decir, una ficción perniciosa, ante el mayor número posible de personas. Para hacerlo, como primer paso, deben exponerse y explicarse sus distorsiones de la realidad, las contradicciones de su paralogía y los males y perjuicios de su paramoralidad. Estos objetivos requieren dedicación, que en cierto sentido es agotadora, una gran cantidad de tiempo y un gran esfuerzo para aprender intencionalmente algo que uno sabe que es falso y por lo tanto (si tiene éxito) inútil. También es desmoralizador de aprender, dada la naturaleza psicopática del material. No es para los pusilánimes, incluso si todo va bien.

Además, con frecuencia, este proceso no será cómodo y exige mucho valor, precisamente del tipo que consigue erosionar y contener la desmoralización ideológica. El paralogico interpretará la discrepancia directa como estupidez o locura y la paramoralidad la caracterizará como maldad (o motivada por malas intenciones, incluso si son inconscientes y están fuera de la conciencia del discrepante). Por tanto, el valor para soportar estos insultos y calumnias indignantes, y para soportar sus injustas consecuencias sociales, es una condición previa necesaria para poner fin al totalitarismo. Es comprensible que la mayoría no elija este camino, pero cuidado: cuanto más se espera, peor.

Para los que asuman la tarea, la estrategia es una combinación de informarse, ser valiente, franco y divertido de forma subversiva. Estar informado es necesario para identificar, exponer y explicar las distorsiones de la pseudorrealidad y yuxtaponerlas con la realidad. También es necesario hacer uso de la herramienta más decisiva que existe contra las pseudorrealidades ideológicas, que es la ley

de la no contradicción. Las pseudorrealidades y sus estructuras paralógicas *siempre* contradicen la realidad y a sí mismas y exponer estas contradicciones expone sus mentiras. Ser valiente y directo es necesario para creer en uno mismo y en los valores (*reales*) propios y resistir así los ataques paramoralizadores y la presión social que generarán, pero inspiran más actuaciones similares y devuelven la autoridad moral a los que la habían perdido por estas distorsiones. Ser subversivo y divertido socava la psicopatía y la voluntad de poder que caracterizan a toda la empresa ideológica pseudorrealista.

Por supuesto, lo mejor es resistir de manera efectiva y con suficiente conocimiento (refutando) pero cualquier resistencia, incluso negarse a participar en alguna mentira obvia (rechazo), también es efectivo. Esto se debe a que revelar la pseudorrealidad ideológica por lo que es, falsa e irrelevante para la realidad actual, la socava y anima a más personas a refutarla y rechazarla. Otra razón de mayor peso es que revelar la naturaleza subyacente de la pseudorrealidad ideológica —que es psicopática— a la gente normal (incluidos los parcialmente atrapados) ocupa un lugar destacado entre las formas en que se pueden cortar los hilos paralógicos y paramorales. Y, precisamente, lo que se producirá al resistir eficazmente una ideología psicopática es una reacción psicopática. Lo difícil es que, quien se atreve a resistir sus trucos y quien elude su trampa, se convierte en el blanco de su ira psicopática, y muchos simpatizantes a quienes normalmente considerarías amigos tomarán partido en tu contra (no hay neutralidad en la paramoralidad). Cuanto antes entra uno en esta pelea, más valor se necesita y, sin embargo, más valiosa es la participación.

Parte de la valentía necesaria para resistir se puede encontrar recordando que la pseudorrealidad *no es real*, su paralógica no es lógica y su paramoralidad no es moral. Es decir, el problema no eres tú; son ellos. Se puede conseguir algo más de entereza al observar que una vez que lo pseudoreal comienza a desplazar a lo real, incluso para un pequeño porcentaje de la población, la pregunta ya no es si las cosas irán mal, sino lo mal que llegarán a ir antes de que estalle la burbuja. La realidad siempre ganará y las calamidades son proporcionales al tamaño de la mentira entre nosotros y ella, por lo que es mejor actuar más temprano que tarde. También se cobra valor entendiendo que empeora hasta que se acumula una resistencia real, y luego, después de una transición rocosa, empieza a mejorar. Por tanto, el momento de actuar es ahora.

El mecanismo de acción de la resistencia, resistencia simple, es devolver a la persona normal la autoridad epistémica y moral necesaria para resistir las demandas ilegítimas del ideólogo de participar en un fraude pseudoreal. Es decir, devuelve la confianza en la normalidad a lo normal. Nadie se siente avergonzado de resistirse a una estafa, cualquiera que sea su forma, y este es el fenómeno real al que nos enfrentamos con cualquier pseudorrealidad ideológica creciente. Su paralógica y paramoralidad trabajan para hacernos perder nuestro sentido de autoridad para saber lo que es y no es verdad y lo que es y no es correcto. Sin embargo, la autoridad sólo se pierde bajo los supuestos de los sistemas paralógico y paramoral, es decir, *dentro de la pseudorrealidad* y la puede recuperar cualquiera que simplemente se niegue a participar en la mentira. Sal de la pseudorrealidad (toma la “píldora roja”, como se muestra en *The Matrix*), y lo verás.

